



**LAS ESPERANZAS ROTAS**

Inspector Ruiz 2

Juan Iglesias Pereira

*La arena estaba húmeda. Podía sentir el sabor salado en la boca y su olor en la nariz dilatada por el terror. Escuchó los pasos, el ruido amortiguado de unos pies que se iban alejando poco a poco al hundirse ligeramente en la arena.*

*Miró hacia arriba y pudo ver las miles de estrellas que poblaban un cielo extrañamente limpio en esa noche de luna llena. Intentó girarse un poco, pero el peso que tenía atado a su cuello se lo impidió. Lo máximo que consiguió fue girar un poco la cabeza y ver a la figura parada a unos metros de él, observando sus esfuerzos inútiles. Hubiera jurado que sus ojos se reían pero no sabía si era real o solo se lo estaba imaginando, producto de la adrenalina que inundaba su cuerpo bombeada por un corazón que latía desenfrenado.*

*Cuando le pareció que el terror que le sobrecogía no podía ir a más, notó la suave olita, casi imperceptible, que mojó su pantalón. Y entonces comprendió que iba a morir. Quiso gritar, pero no pudo.*

*La Coruña, 1902*

Todas las mañanas Santiago se levantaba temprano para ayudar a encender el fuego que calentaba su humilde casa. Un fuego que aun así no era capaz de difuminar la perenne humedad con la que vivían y que parecía apoderarse de todo para ir devorándolo poco a poco en una eterna lucha entre las manchas producidas por la salitre del mar contra el verdín que iba ocupando las paredes. Una vez hecho este trabajo, su segunda tarea consistía en recoger algunas de las verduras y hortalizas que cultivaban con esfuerzo en la parte trasera, mirar cuantas de sus gallinas ponían un huevo que se apresuraba a robarles y preparar el cesto en el que su madre iba a llevarlo todo vender a la ciudad. De eso dependían para poder tener un pequeño ingreso que los ayudara a vivir. En ocasiones incluso podían comprar algún trozo de carne y, sino, algún pescado de los que los vecinos les dejaban a poco precio. Por más que se esforzaba, apenas podía recordar a su padre, que un día salió al mar y nunca regresó. Por la noche, en su humilde cama que compartía con su hermano, le gustaba imaginarse como el nuevo cabeza de familia que tenía que ocuparse de su madre y de su hermano pequeño. Y a sus diez años no veía el momento de poder salir al mar como su padre, aunque se guardaba mucho de decirlo desde el día que su madre le había soltado una bofetada y le avisó de que no quería volver a oírle decir eso.

Pero a él le gustaba el mar y, en cuanto su madre salió de la casa seguido de su hermano, se fue directo hacia la playa cercana, a la sombra del

misterio castillo de la isla en que algunos decían que vivía un ánima. Él no lo creía, por la simple razón de que, de ser así, ya la habría visto alguna de las veces en que con marea baja se había atrevido a llegar hasta la mismísima puerta de la muralla. Pero ahora era de día y ninguna sombra ni fantasma amenazaba su camino. Hoy la marea estaba baja por la mañana y a los dos hermanos les gustaba mirar en las pequeñas pozas que quedaban en la arena para ver si algún cangrejo o algún pez se había quedado atrapado en ellas. Le gustaba observarlos moverse porque, aunque no lo sabía, se sentía un poco como esos pececillos que querían ir al mar, pero que no lo podían conseguir.

Llegaron corriendo a la playa. Su hermano siempre le seguía allí donde fuera y, aunque no lo reconocería nunca ante nadie, se sentía secretamente orgulloso por ello. La marea estaba en su punto más bajo y la gran planicie de arena mojada que se abría ante él prometía un sinfín de tesoros y de hallazgos porque nunca se sabía lo que podía traer el ir y venir del mar. Una vez había encontrado un flotador, probablemente de alguno de los grandes barcos que salían del puerto de Coruña, y lo habían guardado para jugar con él como un tesoro que no querían que nadie descubriera. ¿Quién sabe lo que podía haber traído hoy la marea?

Aceleró su carrera para dejar más atrás a su hermano y hacerlo rabiarse un poco. Hizo caso omiso de sus gritos para que lo esperara y siguió corriendo hacia la orilla, hacia el lugar donde el mar ya no se retiraba más. Podía sentir ya como entraba por su nariz el olor fresco del océano y el penetrante aroma de las algas. Mojó sus pies en la orilla, notando el alegre cosquilleo que el agua del mar le producía siempre en los dedos y se giró con una sonrisa para ver a su hermano acercarse. Para su sorpresa no estaba detrás de él ni le seguía,

sino que se encontraba dándole la espalda a una decena de metros de donde estaba él. Le pareció que estaba contemplando un tronco en la orilla, seguramente arrastrado por alguna tormenta y ahora rodeado de algas, así que fue corriendo hacia Manuel con la intención de burlarse de él, pero la burla no llegó a salir de su boca cuando vio el cuerpo del hombre ahogado que había tomado por un tronco. Tenía una piedra atada al cuello, unos ojos que parecían a punto de salir de sus órbitas y las manos crispadas como garras que salían de su traje negro. Agarró a su hermano de la mano y se alejaron corriendo de allí. Sabía que durante muchas noches iba a tener pesadillas cuando recordara la expresión de pánico de esa cara.

### 3

- ¿Quién ha podido hacer algo así? – se preguntó.

- Alguien bastante retorcido y además alguien a quien no le gustan los curas, ¿no cree, inspector? – le contestó el hombre más joven y en cuclillas que estaba a su lado examinando al muerto que, con su sotana y su alzacuello, era una gran mancha negra sobre la arena blanca.

Cuando el hombre agachado levantó la vista del cadáver, vio la mueca de su superior, que no parecía estar para bromas. Él, en cambio, parecía habérselo tomado con mucha más flema, tal vez porque no estaba, como él, arruinando sus zapatos nuevos en esa arena húmeda que parecía tener intención de tragárselos a cada paso.

El inspector Manuel Ruiz puso los brazos en jarras y miró a su alrededor. El tibio sol de noviembre no llegaba a calentar su rostro, pero al menos era preferible a la lluvia y el viento que llevaba dos semanas acosándolos sin tregua. Pensativo, pasó una mano por su barbilla, atusando la cuidada barba que apenas ocultaba una expresión a medio camino de la preocupación y de la curiosidad. Hacía hora y media que habían recibido el aviso de que un niño había encontrado un cadáver en la cercana playa de Santa Cruz. Ahora, sus ojos verdes, extrañamente parecidos al color de ese mar que no era azul merced a las abundantes nubes, otearon curiosos a su alrededor. A Ruiz todavía le maravillaba el espectáculo del gran flujo de las mareas en esas costas atlánticas en las que el mar parecía querer huir de la costa para, al cabo de pocas horas, recuperar el espacio perdido y que era tan diferente del mar que había conocido en el sur de España. Cuando llegaron, la marea estaba subiendo y el cuerpo ya se mecía con las olas que lo rodeaban, aunque la gran piedra que estaba atada a su cuello impedía que se moviera del sitio.

Dos policías tuvieron que meterse en el agua para cortar la cuerda y llevarlo a la arena todavía húmeda, pero lejos ya de la marea que reclamaba su lugar. Más complicado fue recuperar la piedra que ahora descansaba junto al cuerpo y que había servido de lastre para su vida, páralo que hicieron falta varios hombres para arrastrarla fuera de agua.

Ruiz inclinó su metro ochenta de estatura junto al cuerpo, en un movimiento que terminó de hundir sus zapatos y comenzó a manchar de arena mojada el traje nuevo de tweed que había tenido la mala fortuna de estrenar ese día. Maldijo en silencio su ocurrencia y, aunque intentó, no fue capaz de evitar los ojos del muerto que todavía parecían preguntar por qué le estaba

sucediendo eso. Le quitó la mordaza que tenía en la boca y liberó las manos del nudo que las aprisionaba a la espalda. Era un hombre de unos cincuenta años, aunque su pronunciada calvicie le hacía aparentar algunos más y tenía un cierto sobrepeso que seguramente en un par de años se habría transformado en obesidad.

- El cabrón que hizo esto quería que muriera lentamente, no de forma rápida. Para eso lo hubiera tirado atado al agua simplemente, pero no, le ató una piedra al cuello para que no pudiese escapar a la marea y se fuese ahogando poco a poco.

- Tuvo que ser una muerte horrible, saber que el agua sube lentamente y que no puedes escapar de ella.

- Eso es lo que quería el asesino, Veiga. Quería matarlo, sí, pero también quería que sufriera. ¿Tenemos alguna idea de quién es?

- ¿No lo conoce, inspector? – le preguntó extrañado el joven policía - Es el padre Domínguez, el abad de la Colegiata de Santa María del Campo.

- Veiga, ya sabes que la iglesia y yo cuanto más lejos mejor. Pero el caso es que su cara se me hacía algo familiar, aunque no sabía de qué.

Recordó al sacerdote que había celebrado la misa el pasado mes en honor de la virgen del Rosario, la patrona de la ciudad, y a la que Ruiz se había visto obligado a asistir en su calidad de inspector de policía y segundo al mando del cuerpo en la ciudad, tras una inesperada indisposición de Moreira. No prestó mucha atención a la ceremonia, sino al templo en sí, impresionado por la robusta elegancia y belleza de la iglesias románica, pero recordaba su

voz profunda y penetrante, así como la deferencia con que le trataban la mayoría de las autoridades presentes aquel día. Sin duda el abad de la Colegiata era una persona importante e influyente para determinados sectores conservadores de la sociedad coruñesa, lo cual hacía todavía más extraño su asesinato en esas circunstancias y en un lugar como esa playa, que se encontraba a unos diez kilómetros de la ciudad.

Se irguió y miró a su alrededor. Era un lugar hermoso, con el castillo que se levantaba en la pequeña isla a la entrada de la bahía y que Veiga, una enciclopedia ambulante sobre la ciudad a pesar de su juventud y de su poca afición a los libros, le había dicho que había servido siglos atrás para defender la entrada de Coruña de posibles ataques ingleses. Ahora mismo la isla, que cuando bajaba la marea volvía a quedar unida a tierra, estaba volviendo a quedar rodeada por el mar, aunque la profundidad del mismo era escasa y se podía llegar andando a través del agua sin peligro de ahogarse. Pero la cosa cambia, pensó, si te maniatan de pies y manos y te atan una pesada piedra al cuello. La cosa cambia, y tanto que cambia.

Su mirada siguió contemplando los alrededores y se fijó en un pequeño grupo de niños que, desde la tenue línea en que terminaba la playa y comenzaba el campo, observaban todo lo que estaba sucediendo allí.

- ¿Ahí está el niño? – le dijo señalando al grupo que no perdía detalle.

- Sí, señor, es uno de ellos. Se llama Santiago Rouco y estaba con su hermano pequeño en la playa cuando vieron al muerto.

Veiga le hizo un gesto al grupo y al momento salieron de él dos niños. Ruiz pensó que con la escasa ropa que llevaban debían de estar muertos de



frío en ese día de noviembre en que el viento del norte hacía bajar la temperatura un par de grados más. El más alto de los dos, al que calculó unos diez años, se acercó resueltamente a ellos, mientras que el más pequeño, de aproximadamente la mitad de su edad, se quedó unos pasos por detrás de él, sorbiéndose unos mocos que pugnaban por salir de su nariz.

- ¿Tú eres Santiago?

- Sí señor, para servirle a usted - le contestó intentando alisar sin mucho éxito el remolino que tenía en lo alto de la cabeza.

- Yo soy el inspector Ruiz y este es el sargento Veiga - le explicó con una sonrisa para intentar tranquilizarlo - ¿Tú te encontraste al muerto, no?

- Sí señor - A Ruiz le sorprendió su aplomo al hablar - Bueno, en realidad fue mi hermano José – le dijo señalando al pequeño que, detrás de él, no perdía ni un detalle de la conversación – pero yo estaba con él. Habíamos bajado a la playa para ver si encontrábamos algún cangrejo en las pozas o pescábamos algún pez.

- O algún tesoro – añadió José a sus espaldas.

- ¿Un tesoro? – le preguntó Ruiz al niño que volvió a esconderse detrás de su hermano.

- A veces encontramos chapas, remos o cosas de los barcos, señor.

- Ya entiendo, ¿y a qué hora bajasteis a la playa esta mañana?

- Serían eso de las diez, porque nuestra madre se marcha a esa hora para llegar a Coruña a vender en el mercado y era cuando la marea estaba baja.

Ruiz asintió y calculó rápidamente, eso quería decir que la anterior bajamar había sido doce horas antes, a eso de las diez de la noche y que quien había dejado al padre Domínguez allí, para que se ahogase con la subida de la marea, tenía que haberlo hecho a partir de esa hora.

- Aunque no teníamos que haberlo hecho - le dijo el niño, que ahora se mordía el labio con nerviosismo, sacando a Ruiz de sus pensamientos.

- ¿Y eso por qué?

- Porque hoy es el día de difuntos señor – le aclaró, sorprendido por la ignorancia del policía - y todo el mundo sabe que no hay que salir a faenar porque el mar puede hacer que te encuentres a un muerto entre los aparejos.